CARTAS DESDE LA CÁRCEL



ANTONIO GRAMSCI



Cartas desde la cárcel

Caracas, 2006



epístolas

Cartas desde la cárcel

Antonio Gramsci

Edición tomada de Gente Nueva, 1.975.
Traducción de Mario Segre.

Av. Panteón Foro Libertador.
Edif. Archivo General de la Nación, planta baja,
Caracas-Venezuela, 1010.
Telf.: (58-0212)5642469
Telefax: (58-0212) 5641411

CORREOS ELECTRÓNICOS
mcu@ministeriodelacultura.gob.ve
elperroylaranaediciones@gmail.com

Diseño de la colección
Kael Abello

Hecho el Depósito de Ley
Depósito legal lf 0220068221559
ISBN 980-396-088-1



Colección trazos y testimonios

En la historia no hay espacio para el silencio y el vacío. El recuerdo de los protagonistas del mundo ha sido perpetuado en el papel, allí están el estilo, la feria, la herida, la cumbre y el abismo de vidas que se repiten en la lectura. Esta colección hace honor a los hombres que por su fuerza e intuición han definido épocas; sus cuatro series honran las huellas que conservan aroma y frescura, las voces que permanecen porque aún tienen mucho que decir. ***Biografías*** es la serie que condensa estudios de investigación en torno a la vida y obra de los personajes que han sellado el tiempo. ***Diarios*** nos trae a los autores desde sus escritos más personales, nos acerca a ellos con la sutileza de quien atiende un acto de intimidad. ***Epístolas*** reconstruye momentos de intercambio ideológico y sensitivo a través de las cartas, recopila instantes revertidos en tinta para comunicar en su momento inquietudes que contribuyen a la reflexión. ***Relatos de Viaje*** permite que el escritor nos tome de la mano para llevarnos con él a países y regiones extranjeras; nos invita a conocer geografías, climas, culturas, impresiones que se desprenden de sus propias narraciones.

Hay líneas del tiempo que se dejan ver, colores y oscuridades que el olvido no ha podido manipular del todo, esta colección se atreve a hurgar en los resquicios de la memoria para obsequiarnos los ***Trazos y Testimonios*** de figuras inmortales.

A los jóvenes lectores

Yo creo que muy pocos de ustedes, mis jóvenes y queridos lectores, frente al mundo encantado de las fábulas, se preocupan por aprender y recordar el nombre de aquellos que han creado ese mundo, ora sobre las alas abigarradas de la fantasía, ora a través de una experiencia directa o una pena humana.

Sin embargo, todas las criaturas, los personajes, los animales que ustedes han conocido en las páginas de los libros, y que desde el instante feliz del primer encuentro viven en ustedes y para ustedes, codo a codo, como buenos y fieles amigos; estas criaturas, decía, personajes y animales, hechos de palabras y aire, que pueden llamarse Pinocho o Pabilo, Puck o Caperucita roja, Rip o Pulgarcito, Blancanieves o el pequeño Tuck, Robinson o Kotick, la foca blanca, todos poseen un "papá" que es, de cierta forma, como el de ustedes; y que, como el de ustedes, es muy bueno y valiente porque, además, ha trabajado mucho escribiendo libros e inventando fábulas y cuentos para que ustedes, soñando y divirtiéndose, aprendan a ser cada vez más buenos y generosos.

En realidad, si ahora yo preguntara cómo se llama el "papá" de Caperucita roja o Blancanieves, de Pinocho o Pulgarcito, muy probablemente ustedes no sabrían contestar, quedarían más o menos tan abochornados como Pinocho cuando fue con Pabilo al "País de los juguetes". Y eso, créanme, no está bien, porque su mala memoria, o su falta de atención les causaría pena, ante todo, a sus amigos de papel; y, además, porque muchos nombres de estos "papás" —y quiero recordar el de Collodi, el de Perrault, el de Andersen, de Swift, de Gozzi, de Grimm, de Foe y Kipling— merecen ser recordados, aunque sólo fuera una muestra de agradecimiento y de aprecio.

Ahora bien, mis queridos lectores, el que escribió el cuento del árbol de los erizos, o el otro tan patético de los dos gorriones, o las dulces y conmovidas cartas de Delio y Julián, el que se entretuvo razonando con genuino candor sobre elefantes y ranas, o describiendo pequeñas aventuras y pescas y cacerías de su lejana infancia, este «papá» que ustedes hoy tienen la suerte de conocer, merece más que cualquier otro que se lo recuerde, y no solamente por las páginas que escribió, sin saberlo, para ustedes, sino más aún por su vida, por la manera en que vivió y por lo mucho que sufrió.

Así, puesto que su vida, la vida de Antonio Gramsci, puede parecerles un cuento, precisamente porque la vida es para todos, grandes y chicos, un cuento, un cuento bello o feo, lleno de rosas o de espinas, de acuerdo con una voluntad que se suele atribuir al destino, pero que del destino no es; este cuento-vida, yo se lo voy a contar a ustedes para que, junto con los erizos y los elefantes de Julián y junto con todas las anécdotas y apólogos que ustedes aprenderán a apreciar en estas cartas, recuerden sobre todo a quien las escribió y a quien, antes de ser un escritor, fue y quiso ser un hombre.

Antonio Gramsci nació a fines de siglo pasado, en el mes de enero, en una aldea de Cerdeña, que es una tierra áspera y fecunda en apóstoles y pastores, poetas y guerreros, campesinos y artesanos. Nació en una casa pobre de dos pisos, de piedra gris, expuesta a los bruscos vientos que desde el monte Arci soplan hacia la llanura de Campidano.

Sus primeros años, transcurridos en la isla de su corazón, adquirieron matices de fábula. Porque, mis pequeños lectores, Antonio había nacido, sí, al igual que todos ustedes, derecho y sano como un vástago de buena cepa; pero luego, cuando apenas tenía dos años, un día se cayó. Ustedes, lo sé, me dirán que todos los niños se caen, pero Antonio, a causa de esa caída, quedó débil y lisiado, y de eso hubiese sufrido toda su vida si, con su fuerza de voluntad y su amor por todas las criaturas que animan el universo, no hubiese logrado vencer las debilidades de su físico y vivir, seguro de sí mismo, la vida que había elegido.

Pese a todo, también para el pequeño Antonio ese fue un tiempo lleno de sueños; pero tal vez estos no fueron tan alegres como siempre son los sueños del que lleva en sus hombros la leve carga de sus pocos años y tiene ante sí toda una vida por recorrer y conquistar. En aquellos tiempos, su alegría infantil, que es como una flor maravillosa que brota y se abre, no pudo ser plena y triunfante, ni tampoco pudo alimentar su ánimo y teñir de despreocupación el horizonte de sus jornadas. Por eso fue un niño poco feliz y ya pensativo.

Naturalmente, al igual que todos ustedes, Antonio iba a la escuela. Para ir a clase recorría kilómetros y kilómetros, con su maletín debajo del brazo, bajo la lluvia o el sol. En la escuela, Antonio fue buen alumno: era el más pequeño, y era el mejor. Cuando podía ayudaba a sus compañeros, y lo hacía porque tenía un gran corazón y una bondad mayor todavía: casi diría, una bondad más grande que él.

Desde entonces, Antonio se apasionaba por el estudio. Devoraba todos los libros que encontraba en la casa, y tenía curiosidad por todo. Y si quería comprender los libros, con igual y consecuente fervor quería comprender los árboles, las flores, los animales, toda la naturaleza, el universo. Poseía jaulas y pajaritos, buscaba debajo de las piedras lagartos y lagartijas, conocía el nombre de todos los animalitos y de todas las plantas. Por eso adoraba el campo, que le parecía hermoso como una fábula, un gran libro por leer.

Y, al adorar el campo, amaba la vida. “Recuerdo —escribió— que tenía menos de cinco años y, sin que hubiera salido nunca de una aldea, es decir, con un concepto de las extensiones aún muy limitado, sabía encontrar en el mapa el país donde vivía, tenía idea de lo que era una isla y encontraba las principales ciudades de Italia en un gran mapa colgado de la pared”.

Así pasó Antonio sus primeros años, entre la casa y la escuela, entre el estudio de los libros y el estudio de lo que sus ojos veían en la tierra. La realidad de las cosas era, ya desde entonces, el centro principal de su viva curiosidad.

Y naturalmente, queridos jóvenes lectores, también le interesaba la realidad de los sentimientos, las relaciones con sus compañeros, con sus familiares, con los maestros. Aún siendo niño ya poseía, como por un privilegio de la naturaleza, el sentido exacto de la bondad y la maldad, de la justicia y la injusticia, del bien y del mal. Un día, mientras estaba jugando, oyó que su hermano había dejado escapar una blasfemia y, entonces, le dio una bofetada. Otro día, ante una evidente injusticia de un profesor hacia un compañero, se rebeló con palabras llenas de indignación y organizó una huelga de toda el aula, como señal de clamorosa protesta.

Adoraba a su mamá y también quería mucho a sus numerosos hermanitos; estos lo querían y a la vez le temían por su carácter fuerte, por su voluntad y por aquellos ojos que al mirar fijamente a una persona leían en su alma y que ya entonces resplandecían y llameaban bajo el cabello rizado y rebelde.

Más tarde, a los veinte años —no porque estuviera aburrido de su tierra, sino porque deseaba ampliar sus estudios y vivir más en contacto con los hombres—, aban-

donó su Cerdeña, sus montes cubiertos de bosques, sus valles de verdes pastos, las ásperas rocas de Gallura, el dulce compás de los "cántigos" de Montanaru, las pintorescas monodias de los "cantadori". Y desembarcó en Italia. La travesía desde Porto Torres hasta Génova fue, para su joven mirada, igual a la de los antiguos argonautas.

En cuanto llegó a Génova, se puso a andar por la ciudad, se detuvo entre los astilleros del puerto, escuchó las charlas de los calafates y de los marinos, fueran ellos jóvenes grumetes o viejos hombres de mar. Comenzó a vivir más intensamente. Comenzó a sentir el latido de la vida en el pulso de los hombres frente al mar, a lo largo de los muelles, donde más intensos eran los tráficos y más dura la labor de los trabajadores, frente a ese mar que había visto a Garibaldi[1] salir con los "Mil" y a Manzini [2] emprender el camino del exilio.

De Génova fue a Turín. Allí se matriculó en la universidad, donde frecuentó la Escuela de Letras; pero después de tanto interrogar a la naturaleza, su deseo de conocer la vida de los hombres era tan grande que se inscribió en los cursos de Ciencia de la Finanza impartidos por Luigi Einaudi, el que fue presidente de la República italiana. Así crecía en él apasionado amor por el mundo de las ideas, mientras fermentaban en su espíritu nuevos contenidos, nuevas intuiciones, nuevas necesidades espirituales. Miraba la vida, las cosas de la vida, con una curiosidad y un amor que eran nuevos. Por este amor y esta curiosidad amaba la inteligencia, amiga o enemiga, siempre que fuera honrada y desinteresada, y respetaba las ideas de los demás. Pero la injusticia, todo tipo de injusticia, de cualquier parte que viniera, tuvo en Antonio un adversario irreductible.

En aquellos tiempos Turín era, por excelencia, la ciudad del trabajo, de las luchas de los trabajadores. Y Gramsci ya no era el pequeño Antonio, que amaba descubrir los erizos bajo el manzano del jardín. Había crecido, era un hombre. Aquel contacto, cada vez más amplio, cada vez más vivo, con la gente trabajadora, había hecho más agudos y sensibles los dones de su naturaleza, más abierto el horizonte de su bondad, más vivaz la fuerza de sus efectos y sentimientos, más imperiosa la necesidad de que las ideas crearan una realidad. Esta necesidad era justamente la que lo arrastraba a hablar con todos y a interesarse en todo.

1 José Garibaldi, patriota italiano (1807-1882), que combatió en el Uruguay de 1836 a 1846, y más tarde en Italia, a favor de la unificación de su patria, contra Austria, contra el reino de Nápoles (expedición de los Mil) y contra el papado. Durante la guerra franco-prusiana de 1870 a 1871 entró al servicio de Francia. (N. del E.)

2 Giuseppe Mazzini, patriota italiano (1805-1872) que, fundador de una sociedad secreta, La Joven Italia, no dejó de conspirar tanto en Italia como en Suiza o Inglaterra. (N. del E.)

Para conocerlo de verdad todo, para conocer la verdad de los hombres, sus sentimientos, sus sufrimientos, sus alegrías, sus sueños, sus esperanzas, vivió horas entre los obreros, los esperó a la salida de las fábricas, conoció el mundo de sus almas y el fondo de sus pensamientos. En aquellos tiempos, después de una larga guerra que, junto con la gloria, había dejado lutos y miserias al pueblo italiano, los obreros de Turín habían tenido que defender tras las barricadas el pan en que esos días había llegado a escasear; Gramsci se encontró así, naturalmente, en el centro de la lucha, la alimentó con toda la fuerza de su ejemplo y el ardor de sus palabras. Los obreros reconocieron en él a un maestro y un jefe, y quisieron que encabezara sus organizaciones. Más tarde lo eligieron representante en el Parlamento.

Gramsci vestía modestamente, sin ninguna vanidad exterior ni interior. Caminaba con los bolsillos repletos de libros y la mente llena de ideas, durante horas y horas, y discutía con los amigos hasta el amanecer. Y seguía amando a los animales. Uno de sus biógrafos escribe:

> Tenía predilección por los pájaros; y una de sus metas preferidas, en Turín, cuando pasaba por los portales, era la vidriera de una tiendecita de madera donde se vendían pájaros, frente al hotel Europa. Allí lo más extraordinarios ejemplares de animales embalsamados se alternaban con pájaros vivos, en pajareras que recibían la luz del sol por el lado de la Piazza Castellano. No puedo olvidar aquellos ojos de Gramsci, llenos de dulces fantasías, cuando miraba los animalitos vivos y muertos.

Después de Turín e Italia, Gramsci conoció también otras tierras, otros pueblos, otras naciones. Estuvo en Alemania, Francia, Rusia. Allí se casó con Julia, la buena, fiel compañera de su vida, y allí vio nacer a Delio, su primer hijo. Pero al segundo, Julián, no lo vio nunca, porque siempre estaba lejos y nunca pudo besarlo, nunca pudo ser el papá de sus hijos. Las fotos eran la única realidad que los hacía crecer ante sus ojos.

Cuando regresó a Italia, a su trabajo y a su lucha por la libertad, lo encarcelaron en Roma. Tania, la hermana de Julia, hizo todo lo que pudo para aliviar sus sufrimientos. Pero, después de siete años de cárcel, Gramsci murió.

Pero, en la cárcel, Gramsci no se doblegó, no se desalentó. Continuó pensando, leyendo, escribiendo. Las grandes dotes de su alma y del conocimiento ampliaron el marco de su mortal soledad. En realidad, nunca estuvo solo. Prodigiosamente, continuó viviendo la vida de los demás, la vida de sus muchos amigos y discípulos que siguieron creyendo en él, y la vida de sus hijos, Delio y Julián.

Hilos invisibles, que nacían de un retrato, de una carta, un periódico, un libro, lo mantenían unido al mundo exterior, y lo exterior llegaba hasta él como por arte de magia.

Surgió así un milagroso coloquio entre su alma y la de todos sus seres queridos, entre su alma y la de los hombres que seguían trabajando y estudiando libremente, entre su alma y el mundo. Y nada, de los hechos y la historia de todos los días, escapaba a su pensamiento, así como nada se le escapaba de los estudios de Delio, ni de los juegos de Julián. Así, de estos coloquios, surgieron también estas cartas y las fábulas y los apólogos que ahora ustedes, mis queridos jóvenes, leerán y que les mostrarán que en la vida de Gramsci la fuerza moral y la luz del espíritu lograron vencer las penas y los sufrimientos del cautiverio, aunque estos acabaron luego por destruir su cuerpo. Un ejemplo de esta energía, que brotaba de su ánimo como una llama indestructible, es el que nos ofrece esta carta a la madre de sus hijos:

> Querida Julia:
>
> He pasado muy malos ratos, me he sentido muchas veces débil, casi extenuado, pero nunca he cedido ante la debilidad física y, hasta donde es posible afirmar estas cosas, no creo que cederé de ahora en adelante. Sin embargo, puedo ayudarme poco. Mientras más me doy cuenta de que tengo que enfrentar malos momentos, de que las dificultades son cada vez mayores, más inflexible me siento y pongo en tensión todas mis fuerzas volitivas. A veces hago una reseña de todos estos años transcurridos, pienso en el pasado y me parece que si hace seis años me hubiese figurado que tendría que atravesar todo lo que he atravesado, no lo hubiera creído posible, hubiera pensado que quedaría destruido en cualquier momento. Precisamente hace seis años pasé —adivina— por Rivisodoli, en los Abruzos, que algunas veces tú has recordado porque estuviste allí unas vacaciones de verano. Pasé por ese lugar encerrado en un vagón de metal que había permanecido toda la noche debajo de la nieve, y yo no tenía abrigo ni pulóver de lana y ni siquiera podía moverme porque había que estar sentado por falta de espacio. Temblaba como si tuviera fiebre, tiritaba y me parecía que nunca llegaría al término de ese viaje porque el corazón se me helaría. Sin embargo, han transcurrido seis años desde entonces y he logrado quitarme de encima aquel frío de nevera, y si algunas veces vuelvo a sentir aquellos escalofríos (que se me han quedado algo en los huesos), me echo a reír recordando lo que pensaba entonces, y todo esto me parece pueril.

En realidad, aún estando preso, Gramsci fue siempre un hombre activo. Un día, durante un traslado de un presidio a otro, en Palermo, un obrero confinado se enteró de que Gramsci estaba presente; pero, como no lo había visto nunca, preguntó cuál era. Cuando se lo indicaron, exclamó: «No, tú no eres Gramsci;

Gramsci es un gigante.» Así se lo imaginaba, casi con dimensiones sobrenaturales, la fantasía popular; tanta era la vida que había irradiado de su palabra y de su ejemplo. Palabra y ejemplo de toda una vida, cuya cumbre se iluminó de una luz profética durante el juicio del que salió condenado a diez años de cárcel. Después que el fiscal declaró que era necesario impedir, durante veinte años, que el cerebro de Gramsci funcionara, Gramsci replicó: «Vendrá el día en que ustedes llevarán a Italia a la ruina, y entonces nos corresponderá a nosotros, los hombres libres, salvarla».

Así, en la soledad de la cárcel, siguió amando igual que antes a los hombres y a los animales, siguió encantándose al igual que antes con el vuelo del gorrión, siguió interesándose al igual que antes en la existencia íntima de sus hijos y de los hombres, día tras día, hora tras hora, como si cualquier separación entre él y el mundo exterior estuviera abolida. Y este, precisamente, es el gran milagro de Gramsci.

Queridos jóvenes lectores, la que llamé la fábula de la vida de Antonio Gramsci se acabó. Como todas las fábulas contiene una moraleja y una enseñanza: es decir, nos enseña que su protagonista, superando los límites de cualquier acción particular suya, se ha situado, durante la vida y aún después, en aquel vasto mundo del espíritu que constituye la riqueza de la humanidad.

Por esta razón, sus *Cartas desde la cárcel* no pertenecen sólo a sus amigos y discípulos, sino a todos aquellos hombres, de cultura y no, que saben comprender que las enseñanzas humanas y morales de la vida de Gramsci ayudan a formar una patria común, ideal y civil, ligada a una tradición que lleva el nombre de Settembrini o Giannone o Confalonieri.

Por ello, es justo cerrar, jóvenes lectores, con las palabras de un ilustre filósofo, Benedetto Croce, quien afirmó que estas cartas pertenecen "también a aquellos que integran otros partidos opuestos, por la admiración y el efecto que muestran por todos los que mantuvieron alta dignidad del hombre".

Ahora bien, si hubo un hombre que expresó y defendió esta dignidad con toda la energía de su ánimo, ese fue Antonio Gramsci.

GIUSEPPE RAVEGNANI



Cartas



Carta I

AVENTURA NAVIDEÑA

Queridísima Tania:

Hoy quiero contar para ti, Delio y Julián, un episodio navideño de mi adolescencia, que los divertirá y les mostrará un rasgo característico de la vida en mi tierra.

Tenía yo catorce años y estaba en tercer grado de enseñanza media en Santu Lussurgiu, un pueblo que distaba del mío cerca de dieciocho kilómetros.

Junto con otro muchacho, para pasar veinticuatro horas más en la familia, nos pusimos en camino a pie en la tarde del 23 de diciembre, en vez de esperar la diligencia de la mañana siguiente.

Camina que te camina, ya estábamos casi a la mitad del camino, en un lugar totalmente desierto y solitario. A la izquierda, a unos cien metros de la carretera, se alargaba una hilera de álamos con un matorral de almácigos. De repente, nos dispararon un primer tiro de fusil, por encima de nuestras cabezas; la bala silbó a unos diez metros por arriba de nosotros. Creíamos que había sido un tiro casual y seguimos tranquilamente nuestro camino. Un segundo y un tercer tiro nos advirtieron enseguida que se nos perseguía y entonces nos echamos en la cuneta y permanecimos agachados largo rato.

Cuando tratamos de levantarnos, otro tiro; y así continuó la situación durante dos horas, con una docena de tiros que nos perseguían mientras nos alejábamos arrastrándonos por el suelo, todas las veces que tratábamos de volver a

la carretera. Ciertamente debía tratarse de un grupo de graciosos que querían divertirse asustándonos, pero, ¡qué buena broma navideña!, ¿verdad?

Llegamos a casa de noche, bastante cansados y llenos de fango, y no le dijimos nada a nadie para no asustar a la familia; pero no nos habíamos asustado gran cosa, ya que en las vacaciones siguientes, las de carnaval, repetimos el mismo viaje sin incidente alguno.

Te abrazo tiernamente,

Antonio

P. S. Pero el cuento es cierto; no es ningún cuento de bandidos.

Carta II

¿QUÉ HARÉ CUANDO SEA GRANDE?

Querida Tania:

Ya el año nuevo empezó.

Habría que hacer programas de vida nueva, de acuerdo con la costumbre; pero, por mucho que haya pensado, no he logrado todavía combinar ningún programa. Esta ha sido siempre una gran dificultad en mi vida, ya desde los primeros años de actividad razonadora.

En la escuela primaria, todos los años en este período nos asignaban como tema de composición: "¿Qué harás cuando seas grande?" Problema arduo, que la primera vez resolví a los ocho años, eligiendo el oficio de carretero. Encontraba que el carretero unía todas las características de lo útil y de lo placentero: daba chasquidos con el látigo y guiaba los caballos, pero al propio tiempo realizaba un trabajo que ennoblece al hombre y le procura su pan de todos los días.

También me mantuve fiel a este modelo al año siguiente, pero por razones que llamaría extrínsecas. De haber sido sincero, hubiera afirmado que mi mayor aspiración era la de llegar a ser ujier del juzgado. ¿Por qué? Porque ese año había llegado a mi pueblo como ujier de juzgado, un señor anciano que poseía un simpático perrito negro, siempre muy arregladito: lacito rojo en la cola, gualdrapa en el lomo, collar barnizado, arreos de caballo en la cabeza.

Yo, realmente, no llegaba a separar la imagen del perrito de la de su amo y de la profesión de éste. Sin embargo, renuncié con mucho pesar a esta perspectiva que me seducía tanto. Tenía una lógica formidable y una integridad moral capaz de hacer sonrojarse a los más grandes héroes del deber. Sí, me consideraba indigno de ser ujier de juzgado y por tanto de poseer perritos tan maravillosos: ¡no conocía de memoria los ochenta y cuatro artículos del Estatuto del reino! Así mismo.

Había terminado el segundo grado de primaria (¡con el descubrimiento de las virtudes cívicas del carretero!) y quería, en el mes de noviembre, someterme al examen para pasar a cuarto grado, saltando el tercero: estaba convencido de que sería capaz de eso, pero cuando me presenté ante el director didáctico para entregarle la solicitud formal, éste me dirigió de repente la pregunta: "¿Pero tú conoces los ochenta y cuatros artículos del Estatuto?" No había ni siquiera pensando en esos artículos: me había limitado a estudiar las nociones de "derechos" y deberes del ciudadano", contenidas en el libro de texto.

Esta fue para mí una terrible amonestación que me impresionó, tanto más que el 20 de septiembre anterior yo había tomado parte por primera vez en el desfile conmemorativo con un farolito veneciano y había gritado junto con los demás: "¡Viva el león de Caprera! "¡Viva el muerto de Staglieno!" (no recuerdo si se gritaba el "muerto" o el "profeta" de Staglieno; tal vez las dos cosas, para variar) [1] , tan convencido estaba de que pasaría el examen y conquistaría los títulos jurídicos para el electorado, convirtiéndome en un ciudadano activo y perfecto. Pero, no conocía siquiera los ochentas y cuatro artículos del Estatuto. ¿Qué ciudadano era, pues? ¿Y cómo podía tener la ambición de aspirar a convertirme en ujier de juzgado y poseer un perro con el lacito y la gualdrapa? El ujier del juzgado es una pequeña rueda del Estado (yo creía que era una rueda grande); es un depositario y custodio de la ley, también contra los posibles tiranos que quisieran pisotearla. ¡Y yo ignoraba los ochenta y cuatro artículos!

Así tuve que reducir mi horizonte y una vez más exalté las virtudes cívicas del carretero, que, al fin y al cabo, también puede tener su perrito, aunque sea sin lazo ni gualdrapa. ¡Fíjate como los programas preconcebidos en forma demasiado rígida y esquemática van a chocar contra la dura realidad, y se derrumban, cuando uno posee una vigilante conciencia del deber!

Te abrazo,

Antonio

1 El "león de Caprera" es Giuseppe Garibaldi; el "muerto de Staglieno" es Giuseppe Manzini.

Carta III

LOS DOS GORRIONES

Querida Tania:

Te haré el cuento de mis gorriones.

Has de saber, pues, que poseo un gorrión y que tuve otro más, que se murió envenenado, creo, por algún insecto (una cucaracha o un ciempiés). El primer gorrión era mucho más simpático que el actual. Era muy orgulloso y vivaz. El actual es muy modesto, de ánimo servil y sin iniciativa.

El primero se había adueñado de la celda desde el primer momento. Conquistaba todas las cimas existentes en la celda y luego se quedaba unos minutos saboreando la sublime paz. Subirse en la tapa de una botellita de tamarindo era su perpetua preocupación: y por eso, una vez se cayó en un recipiente lleno de desechos de la cafetera y estuvo a punto de ahogarse.

Lo que me gustaba de ese gorrión era que no quería que se lo tocara. Se rebelaba ferozmente, con las alas abiertas, y picaba la mano con mucha energía. Se había domesticado, pero sin permitir demasiadas confianzas. Lo curioso era que su relativa familiaridad no fue gradual, sino inmediata. Se movía por la celda, pero siempre en el extremo opuesto al mío. Para atraerlo le ofrecía una mosca en una cajita de fósforos; no la atrapaba hasta que yo no estuviera lejos. Una vez, en lugar de una, había en la cajita cinco o seis moscas; antes de comer, danzó frenéticamente alrededor por unos segundos; la danza se repitió todas las veces que las moscas eran numerosas.

Una mañana, al regreso del paseo, me encontré al gorrión muy cerca; no se desprendió más, en el sentido que desde entonces siempre estaba pegado a mí, mirándome atentamente y viniendo por momento a picotearme los zapatos para que le diera algo. Pero nunca se dejó coger en la mano sin rebelarse y tratar en seguida de huir. Y murió lentamente, es decir, recibió un golpe imprevisto por la noche, mientras estaba debajo de la mesita, gritó como un niño, pero sólo murió al día siguiente: estaba paralizado por el lado derecho y se arrastraba penosamente para comer y beber; luego, de pronto, murió.

El gorrión que tengo ahora, en cambio, es de una domesticidad repugnante; quiere que se le dé la comida en la boca, a pesar de que come muy bien solo; se encarama en el zapato y se esconde en los bajos del pantalón; si tuviera las alas enteras volaría hasta las rodillas; se ve que quisiera hacerlo porque se estira, tiembla, y luego se pone sobre el zapato. Pienso que morirá también, porque tiene la costumbre de comer las cabezas quemadas de los fósforos; además, el hecho de comer siempre pan blando debe procurarles disturbios mortales a estos pajaritos. Por ahora está bastante sano, pero no es vivaz; no corre, siempre está cerca de uno y ya ha recibido algún puntapié involuntario.

Este es el cuento de mis gorrioncitos.

Te abrazo con ternura,

Antonio

Carta IV

EL RATÓN Y LA MONTAÑA

Querida Julia:

Puedes preguntarle a Delio, de mi parte, cuáles cuentos de Pushkin le gustan más. Yo verdaderamente, sólo conozco dos: *El gallito de oro* y *El pescador*.

Ahora quisiera contarle a Delio un cuento de mi pueblo que me parece interesante. Te lo resumo y tú se lo contarás, a él y a Julián.

Un niño duerme. Hay una jarrita de leche para cuando despierte. Un ratón bebe la leche. El niño, al no tener su leche, grita, y la mamá corre a pedirle leche a la cabra. La cabra le dará leche al niño si tiene hierba para comer. El ratón va a ver al campo para que le dé hierba, y el campo árido quiere agua. El ratón va a la fuente. La fuente ha sido destruida por la guerra y el agua se pierde: quiere al albañil; éste quiere las piedras. El ratón va a ver a la montaña y se desarrolla un diálogo sublime entre el ratón y la montaña que ha sido desarbolada por los especuladores y muestra por todas partes sus huesos sin tierra. El ratón le cuenta todo lo sucedido y promete que el niño, cuando sea mayor, volverá a sembrar pinos, encinas, castaños, etc. Así, la montaña da las piedras, etc., y el niño recibe tanta leche que hasta se puede bañar con ella. Crece, siembra los árboles, todo cambia; desparecen los huesos de la montaña bajo el nuevo humus, la precipitación atmosférica se normaliza porque los árboles retienen los vapores e impiden que los torrentes destruyan

la llanura. En fin, el ratón concibe un verdadero plan de trabajo, orgánico y conveniente para un país arruinado por el desmonte.

Querida Julia, de verdad, tienes que referirles este cuento y luego comunicarme la impresión de los niños.

Te abrazo con ternura,

Antonio

(Le sigue la CARTA V, que elimino por ser una disquisición sobre palabras dialectales de Cerdeña que no tienen traducción. No es una carta al hijo, sino a la cuñada, es decir, entre adultos). (N. del T.)

Carta VI

CAZA DE RANAS

Querida Julia:

Una de las cosas que más me ha interesado en tu carta es la noticia de que Delio y Julián se entretienen cazando ranas.

Quisiera saber si se trata o no de ranas comestibles, lo que daría a su actividad de cazadores un carácter práctico y utilitario que vale la pena tener en cuenta.

No sé si tú querrás hacerlo, pero deberías de enseñarles a los niños a distinguir las ranas comestibles de las otras: las comestibles tienen la barriga totalmente blanca, mientras que las otras la tienen rojiza.

Se pueden coger enganchando en el anzuelo un trapito rojo, que ellas muerden; hay que tener preparado un jarrito y ponerlas en él después de cortarles con las tijeras la cabeza y las patas.

Después de desolladas, se pueden preparar de dos formas: para hacer un excelente caldo, y en este caso, después de hervirlas un buen rato con la sazón habitual, se pasan por el colador de modo que todo quede en el caldo, salvo los huesos; o bien, se fríen y se comen doraditas y calientes.

En los dos casos son un alimento muy sabroso, pero sobre todo muy nutritivo y fácil de digerir.

Te abrazo tiernamente,

Antonio

Carta VII

EL ÁRBOL DE LOS ERIZOS

Querido Delio:

Me ha gustado tu rincón poblado de pinzones y pececitos. Si los pinzones se escapan de la jaula, no se los debe agarrar por las alas o por las patas, que son delicadas y pueden partirse o dislocarse; se deben tomar en el puño por todo el cuerpo, sin apretar. Yo, de niño, crié a muchos pájaros y también a otros animales: halcones, mochuelos, cuclillos, urracas, cornejas, jilgueros, canarios, pinzones, alondras, crié una culebrita, una comadreja, erizos, tortugas.

Escucha cómo vi los erizos recogiendo manzanas.

En una noche de otoño, cuando ya había oscurecido pero brillaba luminosa la luna, fui junto con otro muchacho amigo mío de a campo lleno de árboles frutales, sobre todo manzanos. Nos escondimos tras un arbusto, en dirección contraria a la del viento. De pronto aparecieron los erizos: cinco, dos más grandes y tres pequeños. En fila india, se encaminaron hacia los manzanos, paseando entre la hierba; luego se pusieron a trabajar: ayudándose con los hocicos y las patas, hacían rodar las manzanas que el viento había desprendido del árbol, y las reunían en un pequeño claro, bien cerca una de la otra. Pero parece que las manzanas que estaban en el suelo no eran suficientes. El erizo más grande, con el hocico levantado, miró a su alrededor, escogió un árbol muy encorvado y se trepó a él, seguido de su esposa. Se posaron en una rama cargada de frutos y comenzaron a mecerse rítmicamente: sus movimientos se comunicaron a la rama, que osciló con fuerza cada

vez mayor, con sacudidas bruscas, y muchas otras manzanas cayeron al suelo. Después de ponerlas junto a las demás, todos los erizos, grandes y pequeños, se encogieron con sus púas erizadas y se tendieron encima de la frutas, que quedaban así enganchadas: había quien tenía pocas manzanas ensartadas (los ericitos) pero, el padre y la madre habían logrado enganchar siete u ocho manzanas cada uno.

Cuando se iban ya camino de su cueva, salimos del escondite, cogimos los erizos en un saco y nos lo llevamos a la casa.

Yo me quedé con el padre y dos ericitos, y los tuve durante muchos meses, libres, en el patio; cazaban a todos los animalitos: cucarachas, abejorros, etc., y comían frutas y ensaladas. Las hojas frescas les gustaban mucho y así pude domesticarlos algo; ya no se escondían cuando veían a la gente, pero le tenían mucho miedo a los perros. Yo me divertía llevando al patio pequeñas serpientes vivas, para ver como los erizos les daban caza. En cuanto el erizo se daba cuenta de la serpiente, saltaba rápido en sus cuatro paticas y atacaba con mucha valentía. La serpiente levantaba la cabeza, con la lengua afuera, y silbaba; el erizo emitía un ligero sonido, agarraba la serpiente con sus manos, la mordía en la nuca y luego se la comía pedazo a pedazo. Estos erizos un día desaparecieron: seguramente que alguien se los cogió para comérselos.

Te escribiré otra vez sobre el baile de las liebres, el pájaro tejedor y el oso; y sobre otros animales, te quiero contar otras cosas que vi y oí cuando era muchacho: el cuento del potrico, de la zorra y del caballo que sólo tenía cola los días de fiesta, etc. Me parece que ya conoces la historia de Kim, los cuentos de la selva y sobre todo de la foca blanca y de Rikki-Tikki-Tawi.

Te beso,

Antonio

Carta VIII

LA ZORRA Y EL POTRICO

Querido Delio:

Sé que estuviste en la playa y viste cosas muy bellas.

Quisiera que me escribieras para describirme estas maravillas. Además, ¿conociste a algún nuevo ser viviente? Cerca del mar abundan muchos seres: cangrejos, medusas, estrellas de mar, etc. Hace mucho tiempo había prometido escribirte algunos cuentos de animales que conocí cuando era niño, pero luego no pude hacerlo. Ahora trataré de contarte alguno: por ejemplo, el cuento de la zorra y el potrico.

Parece que la zorra sabe cuándo va a nacer un potrico y se pone al acecho. Y la yegua sabe que la zorra acecha. Así que, cuando el potrico nace, la madre comienza a correr alrededor suyo, porque él no puede moverse ni escaparse si algún animal salvaje lo ataca. Sin embargo, a veces, por los caminos de Cerdeña se ven caballos sin colas y sin orejas. ¿Por qué? Porque, cuando acababan de nacer, la zorra logró, de una manera o de otra, acercarse y le comió la cola o las orejas que estaban todavía muy tiernas. Cuando yo era niño uno de estos caballos trabajaba para un viejo vendedor de aceite, velas y luz brillante, que andaba de pueblo en pueblo vendiendo su mercancía (en aquel entonces no había cooperativas, ni otras formas de repartir la mercancía), pero los domingos, para que los muchachos no se burlaran de él, el vendedor le ponía a su caballo cola postiza y orejas postizas.

Y ahora te contaré cómo vi la zorra por primera vez. Junto con mis hermanitos, fui un día a visitar a una tía que tenía un campo donde había dos encinas muy gran-

des y algunos árboles frutales; teníamos que recoger las bellotas para dárselas de comer a un puerquito.

El campo no estaba lejos del pueblo, pero el lugar era desierto y había que bajar hasta un valle.

Acabábamos de entrar en el campo cuando, bajo un árbol, vimos, tranquilamente sentada, una zorra grande, con su linda cola levantada como una bandera. No se asustó en lo absoluto; nos mostró los dientes, pero parecía reírse más que amenazar. A nosotros nos enfureció el que la zorra no tuviera miedo; ni pizca de miedo tenía. Le tiramos piedras, pero ella se desplazaba y luego volvía a mirarnos, socarrona y astuta. Nos echábamos unos palos al hombro y gritábamos todos juntos: "¡bum!", como si fuera un disparo, pero la zorra nos seguía mostrando los dientes sin molestarse mucho. De pronto, se oyó un tiro de verdad, disparado por alguien allí cerca. Entonces la zorra dio un gran salto y huyó rápidamente. Todavía me parece que la estoy viendo, amarilla, correr como un rayo por encima de una tapia, siempre con la cola levantada, hasta desaparecer en un matorral.

Querido Delio, cuéntame ahora algo de tus viajes y las novedades que viste.

Te beso,

Antonio

Carta IX



EL CIGARRO EN LA CHIMENEA

Querido Delio:

Me he enterado que vas a la escuela, que mides ya un metro y ocho centímetros, y pesas dieciocho kilogramos. Así, pienso que ya eres muy grande y que pronto me escribirás cartas. Mientras tanto, puedes dictarle a mamá, como lo hacías conmigo en Roma, cuando me dictabas las felicitaciones para tu abuela. Así me dirás si en la escuela te gustan los otros niños y qué aprendes, y cómo te gusta jugar. Sé que construyes aviones y trenes, que participas activamente en la industrialización del país; pero, en fin, ¿estos aviones vuelan de verdad, y esos trenes corren? Si estuviera junto a ti, por lo menos pondría mi cigarro en la chimenea, de modo que se viera su poco de humo.

Además, tienes que escribirme algo de Julián. ¿Qué te parece? ¿Te ayuda en tus trabajos? ¿Es también un constructor, o es todavía demasiado pequeño para merecer esta calificación? En fin, quisiera saber un montón de cosas, y ya que eres tan grande y, según me han dicho, también bastante parlanchín, estoy seguro de que me escribirás, con la mano de mamá, por ahora, una carta larga, larga, con todas estas noticias y muchas otras más. Y yo te enviaré noticias de una rosa que he sembrado y de una lagartija que quiero educar.

Besa a Julián por mí y también a mamá y a todos los de la casa, y mamá te besará a su vez por cuenta mía.

Antonio

S. He pensado que a lo mejor tú no conoces las lagartijas: son una especie de cocodrilos que se quedan siempre chiquiticos.

Carta X

¿LES GUSTA PINOCHO?

Queridos Delio y Julián:

Hace mucho tiempo que no me escriben, ¿por qué?

No sé nada de los seres vivientes de Delio, de su pinzón, de los pececitos.

Además, ¿Delio recibió el libro de Pinocho? ¿Le gustaron las ilustraciones? ¿Corresponden a la imagen que se había hecho del muñeco? Y a Julián, ¿le gusta el cuento de Pinocho?

¿Cuáles son ahora los centros de interés de ustedes, tanto en la escuela como en la casa?

Escríbanme muchas cosas, los dos.

Los abrazo y les envío muchas caricias,

Antonio

Carta XI

ENCUENTRO CON EL MAR

Querido Julián:

Viste el mar por primera vez.
Escríbeme algo de tus impresiones.
¿Tragaste mucha agua salada bañándote? ¿Aprendiste a nadar? ¿Cogiste algún pececito vivo y algún cangrejo?
Yo he visto a unos muchachitos que cogían peces en el mar con un ladrillo hueco (de aire): habían llenado un cubito.

Te abrazo,

Antonio

Carta XII

LEONES Y CUENTOS

Querido Delio:

Recibí tu carta del 28 de marzo con las noticias sobre los pececitos, la rosa, las primaveras, los osos y los leones. Pero, ¿qué leones viste? ¿Leones africanos o del Turkestán? ¿Tenían melena, o el pelo del cuello liso? Y los osos, ¿eran iguales a los que viste en Roma?

No me dices si recibiste el libro de Pinocho y si las aventuras del célebre muñeco le han gustado a Julián. ¿Leíste el cuento de la foca blanca, de la mangosta Rikki-Tikki-Tawi, y del niño Mowgli criado por los lobos?... En 1922, en una librería del Estado, se estaba preparando una edición muy linda, con dibujos originales que tuve la oportunidad de ver cuando los obreros litógrafos los trasladaban a la piedra. Pregúntale a mamá y a Tania si todavía se puede encontrar esa edición; si no, te enviaré el libro en italiano o en francés.

Te beso, con Julián,

Antonio

Carta XIII

EL JUEGO DE DAMAS

Querido Delio:

Recibí tu carta y he sabido de tu actividad de escolar. ¿Te gustaron las novelas de Mowgli? La vida transcurre algo monótona, pero en modo bastante satisfactorio en lo que a salud se refiere.

Siento mucho no poder estar junto a mis queridos muchachos y no poderlos ayudar en su trabajo por la escuela y por la vida. Leí en el periódico el resultado del campeonato de ajedrez, pero yo no sé jugar: sólo he aprendido algo el juego de damas.

Te beso,

Antonio

Carta XIV

UN PERRITO DE LECHE

Querido Julián:

Recibí tu retrato y la tarjeta, pero las dos cosas no concuerdan.

En la carta te quejas, casi lloriqueas como un niñito de cinco años, mientras eres un muchacho grande y fuerte, y deberías afrontar los acontecimientos con valor y serenidad.

Tú mismo me escribiste una vez que la escuela que frecuentas sirve para no perder un año de estudios, ¿te parece poco? Además, hay que ver si los regaños te los has merecido. De todos modos, si hay que hacer una cosa, hay que hacerla sin quejarse, sin lloriquear como los cachorros, de manera de sacar de ella el mayor provecho.

A mí no me gusta que un muchacho como tú se queje, mientras en la foto pareces resuelto, tranquilo en la voluntad de lograr tu objetivo; así me gustas mucho y te deseo muchas cosas buenas.

Te abrazo,

Antonio

Carta XV

EL ***ABAT-JOUR***[1]

Querido Julián:

He recibido tu carta y tu postal con los gaticos.

Me asombra que tú y Delio no hayan pensado todavía hacer un a*bat-jour* para el bombillo eléctrico. Con cincuenta centímetros de alambre o de hierro fino, y con unos trozos de tela en colores, o incluso con papel satinado, se puede hacer un a*bat-jour* muy cómodo, de manera que la luz no canse demasiado la vista. El *abat-jour* puede ser completo, para que la luz resulte atenuada, o parcial y móvil, de modo que se pueda dirigir la sombra del lado que más convenga.

Recibí algunas fotos tuyas, y quisiera saber qué ejercicios sabes hacer en el espaldar sueco (por lo menos así se llama en italiano), en que estás trepado junto con tus amigos.

Te besa tu papá,

Antonio

1 Pantalla para lámpara.

Carta XVI



ESTUDIAR ES DIFÍCIL

Querido Julián:

Te deseo que tus estudios marchen bien. Me alegraría mucho si me explicaras en qué consisten las dificultades que tienes en el estudio. Me parece que si tú mismo reconoces que tienes dificultades, no deben ser muy grandes y podrás vencerlas estudiando: ¿no es suficiente esto para ti? ¿Acaso eres algo desordenado, te distraes, la memoria no funciona y tú no sabes ponerla a funcionar? ¿Duermes bien? Cuando juegas, ¿piensas en lo que has estudiado, o cuando estudias piensas en el juego? Ya eres un muchachito formado y puedes contestar mis preguntas con precisión.

A tu edad, yo era muy desordenado, pasaba muchas horas correteando por el campo, pero también estudiaba muy bien, porque tenía una memoria muy buena y rápida y no se me escapaba nada de lo que era necesario para la escuela. Para decirte toda la verdad, tengo que añadir que yo era listo y sabía salir del paso en las dificultades a pesar de haber estudiado poco. Pero el sistema de enseñanza que yo seguí era muy atrasado; además casi todos mis condiscípulos hablaban el italiano muy mal y lentamente y el maestro debía tener en cuenta el promedio de los alumnos; saber hablar italiano era ya una circunstancia que facilitaba muchas cosas (la escuela estaba en el campo y la gran mayoría de los alumnos era de origen campesino).

Querido, estoy seguro de que me escribirás sin interrupciones y me tendrás al tanto de tu vida.

Te abrazo,

Antonio

Carta XVII

EL REGALO DE PAPÁ

Querido Julián:

Así que te has librado del colectivo y te vas al campamento. Volverás a la escuela. ¿Por qué escribir en el último momento, mientras esperas la máquina?

Te abrazo muy fuerte en tu fiesta y te envío un relojito, con la esperanza de que te haga reflexionar sobre el tiempo de modo que... no me escribas a última hora.

Te beso,

Antonio

Carta XVIII

ESTUDIAR BIEN

Querido Julián:

¿Qué tal anda tu cabecita? Tu carta me gustó mucho. Tu manera de escribir es más firme que antes, lo que demuestra que te estás convirtiendo en una persona mayor.

Me preguntas qué me interesa más. Debo contestar que no existe nada que "me interese más", o sea, que muchas cosas me interesan mucho en la misma medida.

Por ejemplo, en lo que te concierne, me interesa que tú estudies bien y con provecho, pero también que tú seas fuerte y robusto y moralmente lleno de valor y de decisión; así que me interesa que descanses bien, comas con apetito, etc.: todo se relaciona y entreteje estrechamente; si un elemento del todo falta o escasea, el todo se derrumba. Por eso sentí que no pudieras contestar a la pregunta si vas con decisión hacia tu meta, que en este caso significa estudiar bien, ser fuerte, etc. ¿Por qué no puedes contestar, si de ti depende disciplinarte, resistir a los impulsos negativos, etcétera?

Te escribo seriamente, porque ya veo que has dejado de ser muchachito, y también porque tú mismo una vez me escribiste que quieres ser tratado con seriedad. Me parece que posees muchas fuerzas latentes en la mente; tu propia expresión que no puedes contestar la pregunta, significa que reflexionas y eres responsable de lo que haces y escribes. Además, se ve también en el retrato que recibí que hay mucha energía en ti. ¡Viva Julián!.

Te quiero mucho,

Antonio

Carta XIX

DIBUJA COMO QUIERAS

Querido Julián:

Dibuja como tú quieras, para reírte y divertirte y no “seriamente”, como si se tratara de una tarea que no te gusta. ¡Pero quisiera ver algún dibujo tuyo de los que haces para la escuela! Estos dibujos, ¿cómo los haces? ¿Con seriedad, o bien como los que haces para reír?

Me parece que realmente en la escuela te va bastante bien; ¿y cómo anda la salud? ¿Corres, juegas o te diviertes sólo garabateando en el papel figuras no hechas seriamente?

Te agradezco tus felicitaciones.

Te abrazo,

Antonio

Carta XX

UN ANIMAL RARO

Querido Julián:

Tus dibujos me gustaron porque son tuyos. Son también muy originales y creo que la naturaleza nunca haya inventado cosas tan asombrosas.

El cuarto dibujo es la representación de un animal extraordinario; no puede ser una cucaracha porque es demasiado grande y sólo tiene en movimiento cuatro largas patas como la de los grandes cuadrúpedos, pero tampoco es un caballo porque no posee orejas visibles.

(También en el primer animal que dibujaste no se ven las orejas, y además uno de los hombres está sin orejas).

Podría ser un león domesticado o... transparente; transparente porque se ven las dos piernas del jinete.

Me gusta el hecho de que tus hombres puedan caminar de puntillas en los lugares más difíciles: sobre la rama de un árbol y en la cabeza de los animales (tal vez por eso el animal ha perdido las orejas...)

Querido Julián, ¿te molesta que yo me divirtiera con tus dibujos? Me gustan de verdad tal cual son; pero tienes que enviarme dibujos no hechos de prisa, sino de los que pintas para la escuela.

Antonio

Carta XXI

BARBABUCCO

Querido Julián:

Recibí con mucho entusiasmo tus nuevos dibujos: se ve que estás alegre, de modo que creo que estás bien de salud. Pero dime: ¿sabes hacer también dibujos que no sean broma? No me has dicho si en la escuela te enseñan dibujo y si te gusta también dibujar "en serio".

Cuando era niño, yo dibujaba mucho, pero mis dibujos eran más bien ejercicios de paciencia: nadie me había enseñado. Yo reproducía, ampliándolas, las figuras y las ilustraciones de un periódico infantil. Buscaba también los colores fundamentales con un sistema mío no difícil, pero que requería mucha paciencia.

Todavía recuerdo un cuadrito que me costó por lo menos tres meses de trabajo: un pequeño campesino se había caído, con ropa y todo, en una tina llena de uvas preparadas para fabricar vino, y una campesina redondita y regordeta lo miraba entre asustada y divertida. El cuadrito pertenecía a una serie de aventuras cuyo protagonista era un terrible chivo (Barbabucco) el cual, embistiendo de pronto y a traición, hacía volar por el aire a sus enemigos y a los muchachos que se habían burlado de él.

Las conclusiones eran siempre divertidas, como la de mi cuadrito. Así me divertía ampliando el dibujo: medidas con regla y compás, pruebas y más pruebas con el lápiz, etc. Mis hermanos y hermanas, me miraban, se reían, pero preferían correr y gritar y me dejaban con mis ejercicios.

Querido Julián, te beso,

Antonio

Carta XXII

APRENDE A ESTAR SENTADO

Querido Delio:

Tus cartas se hacen cada vez más cortas y estereotipadas. Yo creo que tienes bastante tiempo para escribirme más y algo más interesante; no hay necesidad alguna de escribir a última hora, apurado, antes de ir a pasear. ¿No te parece?

Tampoco creo que pueda agradarte que tu papá te considere, por tus carticas, como un tontuelo que se interesa únicamente por el destino de su cotorrita y manda a decir que está leyendo un libro cualquiera.

Creo que una de las cosas más difíciles, a tu edad, es estar sentado ante la mesa para poner orden en los pensamientos (e incluso para pensar) y escribirlos con cierta gracia; éste es un "aprendizaje" a veces más difícil que el de un obrero que quiere alcanzar una calificación profesional, y debe iniciarse precisamente a la edad tuya.

Te abrazo fuerte,

Antonio

Carta XXIII

CUMPLIR LAS PROMESAS

Querido Julián:

Recibí noticias tuyas por las cartas de mamá y de abuela.

¿Por qué no me escribes unas líneas? Yo me pongo muy contento cuando recibo una carta tuya, y quizás cuántas cosas podrías escribirme sobre la escuela, tus compañeros, tus maestros, sobre los árboles que ves, tus juegos, etc.

Además... habías prometido escribirme algo todos los días de las vacaciones. Hay que cumplir siempre las promesas, aunque cueste algún sacrificio, y me imagino que para ti no debe ser un gran sacrificio escribir...

Querido, te abrazo,

Antonio

Carta XXIV

MÁS DE MEDIO SOLDADO

Querido Julián:

Al fin me escribiste unas líneas.
Te deseo muchas cosas buenas en tu fiesta: ya eres grande, más de medio soldado.
¿Te gustó el reloj?
¿Me escribirás cómo te va en la escuela?

Te abrazo,

Antonio

Carta XXV

HOMERO DORMITA

Querido Julián:

Nada más has leído medio cuento de Wells y ya quisieras juzgar toda la obra de este escritor, que escribió decenas y decenas de novelas, cuentos, ensayos históricos, etc. ¿Leíste el mejor o el peor, o el que representa el promedio de las posibilidades del autor?

El más grande escritor de la Grecia antigua fue Homero, y el escritor latino Horacio dijo que también Homero, por momentos, "dormita".

Desde luego, comparado con Homero, Wells dormita por lo menos trescientos sesenta días cada año, pero pudiera suceder que en los otros cincos o seis días (cuando el año es bisiesto) estuviera bien despierto y hubiera escrito algo agradable y resistente a la crítica.

Tú también a veces no eres muy ordenado: tu carta está escrita de prisa, con muchas palabras dejadas a la mitad; sin embargo, creo que puedes escribir mucho mejor, con más orden, con más cuidado. Por eso no te juzgaré por esta carta y no diré: "¡Mira qué burrito es mi hijo!".

Querido Julián, no te ofendas y escribe, y reforzarás tus juicios.

Siento no poder discutir contigo directamente: no creas que yo soy muy pedante; me gustaría reír y bromear contigo y con Delio, y hablar de tantas cosas que me interesaban mucho también a mí cuando era muchacho.

Te abrazo con ternura,

Antonio

Carta XXVI

APRENDE A SER ORDENADO

Querido Julián:

Esta vez no he recibido ninguna carta tuya. Lo siento. Me alegraría que me escribieras mucho; incluso habías prometido (me parece) escribir algo todos los días mientras estás de vacaciones, y luego mandármelo junto con la carta de Delio. Se ve que eres un poco desordenado y olvidas lo que era compromiso. Puedes escribirme acerca de cualquier cosa, y yo te contestaré seriamente. Ya eres un muchacho grandecito y debes tener un cierto sentido de responsabilidad. ¿Qué crees tú de eso? Escribe acerca de lo que haces en la escuela, si aprendes con facilidad, lo que te interesa. Pero, si una cosa no te interesa y tienes que aprenderla de todos modos, ¿qué haces? ¿Y qué juegos prefieres?

Querido Julián, cada momento de tu vida me interesa.

Te abrazo,

Antonio

Carta XXVII

TODAS LAS COSAS SON SERIAS

Querido Julián:

Quieres que te escriba cosas serias. Muy bien. Pero, ¿cuáles son las "cosas serias" que quieres leer en mis cartas?

Eres un muchacho, y para un muchacho también las cosas para los muchachos son muy serias, porque están en relación con su edad, sus experiencias, las capacidades que la experiencia y la reflexión sobre ésta les han brindado.

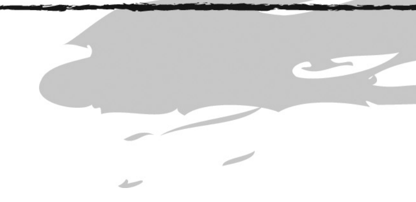
Por lo demás, promete escribirme cada cinco días algo: me alegraría mucho que tú lo hicieras, demostrándome así mucha fuerza de voluntad. Yo te contestaré siempre (si puedo) y con mucha seriedad.

Querido, sólo te conozco por tus cartas y por las noticias tuyas que me envían los adultos. Sé que eres buen muchacho pero, ¿por qué no me has escrito nada sobre tu viaje a la playa? ¿Crees que no es una cosa seria? Todo lo que te concierne es para mí muy serio y me interesa mucho; incluyendo tus juegos.

Te abrazo,

Antonio

Carta XXVIII



DIVIRTÁMONOS JUNTOS

Querido Julián:

¿Qué tal tu nueva escuela? ¿Qué te gusta más: vivir cerca del mar o vivir cerca de los bosques, entre los grandes árboles?

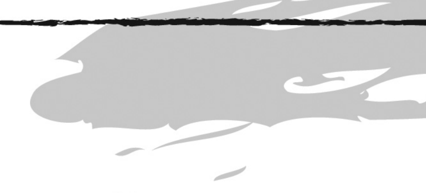
Si quieres complacerme, deberías describirme una de tus jornadas, desde que te levantas hasta cuando te acuestas por la noche. Así podré imaginarme mejor tu vida, verte casi en todos tus movimientos.

Describe también el ambiente, tus compañeros, tus maestros, los animales, todo: escribe poco a la vez, así no te cansarás; además, escribe como si quisieras hacerme reír, para divertirte tú también.

Querido, te abrazo,

Antonio

Carta XXIX



ERES UN JOVENCITO

¡Julián!:

¡Viva!

Recibí tu foto y me he sentido muy feliz al ver tu personita. Pero tienes que haber crecido mucho desde la otra foto que me enviaron hace algún tiempo; has crecido y cambiado. Ya eres de verdad un jovencito. ¿Por qué has dejado de escribirme?

Espero una larga carta tuya.

Te abrazo,

Antonio

Carta XXX

EL PRIMER RELOJ

Querido Julián:

Veo, por tu carta, que escribes mejor y esto me alegra: ya tienes letra de muchacho grande.

¿Por qué te ha gustado la película sobre *Los hijos del capitán Grant?* Tienes que escribirme un poco más y describirme tu vida, lo que piensas, qué libros te gustan, etcétera.

Me alegro de que el reloj te guste; pero no tengas tanto temor a ponértelo cuando sales; si está bien amarrado en la muñeca no puede perderse, a no ser que cuando estás afuera te dediques a ejercicios violentos de pugilato, o algo por el estilo. ¿Qué juegos prefieres?

Querido Julián, te abrazo,

Antonio

Carta XXXI



“¡LA COTORRA ESTÁ BIEN!”

Querido Delio:

Me has escrito cuatro líneas que parecen extraídas de una gramática para extranjeros: “¡La cotorra está bien!” (¡Muchas felicidades para ella de mi parte!)

¿Y qué piensas de Pickwick? ¿Cómo se perfilan tus exámenes? ¿Tienes tu poquito de miedo, o estás seguro de ti mismo?

Desde hace algún tiempo me escribes muy poco y acerca de cosas poco interesantes. ¿Por qué? Escribe más.

Te beso,

Antonio

Carta XXXII



EL MONO PENSADOR

Querido Delio:

Veo que te interesas mucho en los monos. La foto que me envías está bien lograda: debe de tratarse de un mono pensador. Pensará en las algarrobas que puede comer y los demás alimentos que le envía la dirección del zoológico.

¿Y la cotorra? Yo te hablé de la ensalada, pero me estaba refiriendo a los gorriones. ¿Qué come tu pájaro? ¿Vegetales tiernos como la ensalada, o bien pasas y hortalizas como las habas, las nueces, los chícharos, las almendras?

Cuando yo era pequeño tuvimos en la casa una cotorrita que procedía de Abisinia: se pasaba el día royendo habas y chícharos (las almendras y las nueces las comíamos nosotros) y era muy antipática porque no sabía hacer nada más y no era linda: tenía una cabezona grande como todo el cuerpo y su color era gris tirando a amarillo. Espero que tu pajarito sea más bello y más simpático.

Escribe algo sobre tus lecturas. Te felicito mucho por tus estudios y el distintivo que has ganado.

Te abrazo, querido,

Antonio

Carta XXXIII

EL PERRO NIÑO

Querido Delio:

¿Por qué ya no me hablas de tu cotorrita? ¿Sigue viva?

Tal vez ya no dices nada de ella porque una vez observé que la mencionabas constantemente.

¡Que te vaya bien, Delio!

Tania quiere que te cuente que a tu edad tenía un perrito y que me había vuelto loco de contento cuando lo recibí. ¿Ves? Es verdad que un perro (aunque sea muy pequeño) le da a uno muchas más satisfacciones que una cotorra (pero tal vez tú seas de opinión contraria), porque juega con uno, se encariña... El mío parece que se había quedado niño, porque para mostrarme su entusiasmo se echaba al suelo con las patas arriba y se hacía pipí.

¡Qué de baños! Era verdaderamente pequeño, tanto que durante mucho tiempo no logró subir por la escalera. Tenía el pelo negro y largo, y parecía un perro de lanas en miniatura. Yo lo había esquilado como un pequeño león, pero objetivamente no era lindo, es más, era más bien feo, bastante feo, ahora que lo pienso. Pero, ¡cómo me divertía con él, y cómo lo quería!

Mi juego favorito era el siguiente: cuando íbamos de paseo por el campo, lo ponía sobre una piedra saliente y me alejaba sin que él, que miraba y ladraba, se atreviera a saltar. Yo me alejaba zigzagueando, luego me escondía en un pozo o una zanja. El perro primero gritaba, luego encontraba la manera

de bajarse y comenzar a buscarme: esto me divertía, porque el pobrecito, que entonces era todavía muy joven, miraba ladrando detrás de todas las rocas, se asomaba al borde de las pequeñas (pero grandes para él) zanjas, y enloquecía.

¡Qué alegría cuando por fin yo me dejaba hallar! ¡Y qué abundancia de pipí!

Querido, ¿ahora me escribirás acerca de tu cotorrita?

Te abrazo,

Antonio

Carta XXXIV

LA COTORRA ENFERMA

Querido Delio:

Recibí la pluma de la cotorra y las florecitas, que me gustaron. Pero no logro imaginarme cómo puede ser el pajarito y por qué se arranca plumas tan grandes; tal vez el calor artificial le haya hecho daño a la piel, quizás no tenga nada grave y con la temporada buena se le pase la picazón. A lo mejor hay que darle de comer algo que sea muy fresco y sustituya lo que sus congéneres comen en su país de origen, porque leí que los pajaritos criados en la casa, con alimentos no idóneos, sufren de avitaminosis, pierden las plumas y tienen una especie de sarna (que no es contagiosa): yo mismo vi una vez como un pájaro, que se hallaba en muy mal estado porque comía siempre la parte blanda del pan, se curó cuando se añadió a su dieta un poco de ensalada verde.

No recuerdo en qué sentido te hablé de la “fantasía”; probablemente aludía a la tendencia a fantasear en el vacío, a construir rascacielos en la cabeza de un alfiler, etc.

Querido, te abrazo fuerte,

Antonio

Carta XXXV

LAS PLUMAS VUELVEN A SALIR

Querido Delio:

Esta vez no he recibido ningún escrito tuyo.

En la foto de Julián, he podido ver un rincón de tu cuarto, con la jaula de la cotorra. Lástima que no se pueda distinguir el pajarito. Espero que con la ensalada fresca (que debe desmenuzarse muy fina) y el alpiste se cure completamente, y las plumas vuelvan a crecer largas y brillantes.

Te beso,

Antonio

Carta XXXVI

ESTUDIA LA HISTORIA

Querido Delio:

Me siento un poco cansado y no puedo escribirte mucho.

Tú escríbeme siempre y acerca de todo lo que te interesa en la escuela.

Me parece que la historia te gusta, como me gustaba a mí cuando tenía tu edad, porque concierne a los hombres vivos, y todo lo que se refiere a los hombres, a cuantos más hombres sea posible, a todos los hombres del mundo en cuanto se unen entre sí en sociedad y trabajan y luchan y se mejoran a sí mismos, no puede dejar de gustarte por encima de cualquier otra cosa. Pero, ¿es así?

Te abrazo,

Antonio

Carta XXXVII

EL CEREBRO DEL AVESTRUZ

Querido Delio:

No he leído mucho de Wells porque sus libros no me gustan mucho. Creo que si tú tampoco los lees no será una gran pérdida para tu formación intelectual y moral. Tampoco su libro de historia universal me ha gustado mucho, aunque trate (y en este sentido constituye una cierta novedad, por lo menos en la literatura histórica de la Europa occidental) de ampliar el horizonte histórico tradicional, dando importancia, no sólo a los griegos, los egipcios, los romanos, etc., sino también a los mongoles, los chinos, los hindúes, etc. Como escritor de fantasía, me parece que es demasiado mecánico y pesado; como historiador, le falta la disciplina intelectual, el orden y la mentalidad del método.

Dime si te gusta este modo mío de escribirte y si lo entiendes todo.

No he contestado tu carta anterior.

Me gustó tu idea de ver el mundo poblado de elefantes erguidos en sus patas traseras, con el cerebro muy desarrollado. Desde luego, para que cupieran en grandes cantidades en la superficie del globo, ¡qué enorme cantidad de rascacielos hubieran debido construir! Pero el cerebro sin manos, ¿para qué les hubiera servido? Los avestruces tienen la cabeza erguida y libre, caminan en dos patas, pero su cerebro no se ha desarrollado mucho con todo eso. Es posible que para el hombre, en su evolución, se hayan concentrado muchas con-

diciones favorables, en el sentido de ayudarlo a llegar a ser lo que era, antes aun que se desarrollaran la voluntad definida hacia un fin y la inteligencia suficiente para organizar los medios necesarios para alcanzar ese propio fin. La cantidad se convierte en calidad para el hombre, y no para los demás seres vivientes, según parece.

Escríbeme largamente. Te abrazo,

Antonio

Carta XXXVIII

EL ELEFANTE MOTORIZADO

Querido Delio:

No sé si el elefante puede (o podía) evolucionar hasta convertirse, en la tierra, en un ser capaz como el hombre de dominar las fuerzas de la naturaleza y servirse de ellas para sus propios fines, en abstracto. Concretamente, el elefante no tuvo el mismo desarrollo que el hombre, y ciertamente ya no lo tendrá porque el hombre se sirve del elefante mientras que el elefante no puede servirse del hombre, ni siquiera para comérselo. Lo que piensas de la posibilidad, por parte del elefante, de adaptar sus patas al trabajo práctico, no corresponde a la realidad: porque el elefante posee, como elemento "técnico", la trompa y, desde el punto de vista "elefantesco", se sirve de ella espléndidamente para arrancar árboles, defenderse en determinadas circunstancias, etcétera.

Me habías escrito que te gustaba la historia y así llegamos a la trompa del elefante. Creo que para estudiar historia no se debe fantasear demasiado acerca de lo que hubiera sucedido "si"… (si el elefante se hubiese puesto a caminar en dos patas para dar mayor desarrollo al cerebro, si... si...; ¿y si el elefante hubiese nacido con ruedas?, ¡hubiese sido un tranvía natural! ¿Y si hubiese tenido alas? ¡Imagínate una invasión de elefantes como la de las langostas!).

Es ya muy difícil estudiar la historia realmente acontecida porque de una gran parte de ella se ha perdido todo documento. ¿Cómo se puede perder el tiempo estableciendo hipótesis que no tienen fundamento alguno? Además, en tus

hipótesis hay demasiado antropomorfismo. ¿Por qué el elefante había de evolucionar como el hombre? ¡Quién sabe si algún elefante sabio, o algún elefantito extravagante, no hace desde su punto de vista, hipótesis acerca de por qué el hombre no se ha convertido en un animal con trompa!

Espero una larga carta tuya sobre este tema.

Aquí no ha hecho mucho frío. Siempre hay flores abiertas. No tengo ningún pajarito conmigo, pero veo a menudo en el patio dos parejas de mirlos, y los gatos que los acechan para cogerlos; pero los mirlos no parecen preocuparse mucho por ello y siguen alegres y elegantes en sus movimientos.

Te abrazo,

Antonio

Carta XXXIX

UN PUNTAPIÉ BIEN DADO

Querido Delio:

Esta vez no me hablas de los elefantes como portadores de una eventual civilización. Los elefantes que tienes son de jabón y en este sentido pueden llevar la civilización (o un aspecto de ella) al cuarto de baño: ¡pobres elefantes! Cierto es que me hablas de muchas otras cosas, y yo debería de iniciar una serie de polémicas contigo.

Muy bien. Pero, ¿cuáles son las cosas que te interesan más? Una vez me escribiste que te interesaba la historia, pero luego no fuiste capaz de seguir con ese tema y te fuiste por la tangente de los elefantes; ahora me parece que te interesas en los monos como progenitores de los hombres. Pero también sobre este punto me parece que puedo decirte que te gusta más la fantasía que la historia, y que sería más oportuno estudiar la historia real, la que se puede escribir sobre la base de documentos muy precisos y concretos.

Lo de fantasear acerca de hipótesis científicas era propio de los hombres de hace cincuenta años, que vivían en condiciones muy difíciles de lucha ideológica. Hoy día muchos de estos problemas se han sumido en la nada, porque la vida ha separado tanto al protagonista como al antagonista, y ha creado al constructor. Lamentablemente, es difícil liberarse de las cosas muertas; pero tú, dales un puntapié y estudia sólo las cosas concretas.

Te abrazo,

Antonio

Carta XL

APRENDE A DISCERNIR

Querido Delio:

Puedes escribir sobre Pushkin cuando quieras; aunque es mejor que lo pienses bien, para poder darme una prueba concluyente de tu capacidad de pensar, razonar, criticar (es decir, de discernir lo verdadero de lo falso, lo cierto de lo imposible y lo inverosímil). Pero no debes ponerte nervioso: yo sé la edad que tienes, tu preparación y sabré juzgarte objetivamente (a pesar de que, como te quiero mucho, mucho, es bastante difícil ser objetivo).

Los libros sobre Pushkin y Gorki son difíciles de encontrar: además, ¿qué harías con ellos? Ya están superados, mientras que ahora existe toda una literatura nueva sobre los dos escritores, literatura elaborada críticamente sobre la base de descubrimientos hechos en los archivos abiertos a una filología más joven y valerosa.

Me alegro mucho que estés bien y no te canses de estudiar.

Querido, te abrazo y te ruego abraces tanto a mamá de mi parte,

Antonio

Carta XLI

LOS CINCO MINUTOS DE PAPÁ

Querido Delio:

Espero me contestes acerca del asunto de Pushkin, sin prisa; tienes que prepararte bien, arreglártelas hasta donde puedas.

¿Cómo te va la escuela, a ti y a Julián? Ahora que tienen notas todos los meses, será más fácil controlar la marcha de los cursos.

Te agradezco por haber abrazado fuerte fuerte a mamá de mi parte: pienso que debes hacerlo todos los días, todas las mañanas. Yo pienso siempre en ustedes; así, todas las mañanas me imaginaré: mis hijos y Julia piensan en mí en este momento. Tú eres el hermano mayor, pero tienes que decírselo también a Julián, y de esta manera todos los días tendrán los "cinco minutos de papá". ¿Qué crees de esto?

Te beso,

Antonio

Carta XLII

LOS GENIOS SON POCOS

Querido Delio:

Me he enterado por mamá Julia que mi última carta (o tal vez otras más) te ha dolido. ¿Por qué no me has dicho nada? Cuando algo de mis cartas te apene es bueno que me lo digas y me expliques tus razones. Yo te quiero mucho y no quiero darte ningún dolor: estoy tan lejos y no puedo acariciarte y darte como quisiera a resolver los problemas que nacen en tu mente. Debes, por ejemplo, repetirme el problema que me habías planteado una vez en relación con Chéjov, al que no he contestado: no me acuerdo de ello en absoluto. Si tú sostenías que Chéjov es un escritor social, tenías razón, pero una razón que no debe enorgullecerte, porque ya Aristóteles había dicho que todos los hombres son animales sociales. Creo que tú querías decirme algo más, es decir, que Chéjov expresaba una determinada situación social, expresaba algunos aspectos de la vida de su tiempo y los expresaba de tal modo que se le debía considerar un escritor "progresista". Desde luego, no se puede decirlo todo acerca de Chéjov en pocas palabras. Ni tampoco acerca de Turgueniev.

Tú notas que el periódico de los pioneros, en el pasado, dedicaba mucho espacio a Tolstoi y poco o casi ninguno a Gorki.

Ahora que Gorki ha muerto y se siente el dolor por su pérdida, esto puede parecer una injusticia. Pero hay que juzgar con espíritu crítico en cada momento, y entonces no se debe olvidar que Tolstoi fue un escritor "mundial",

uno de los pocos escritores de todos los países que ha alcanzado la mayor perfección en el arte y ha suscitado torrentes de emociones en todas partes, en traducciones pésimas, incluso en hombres y mujeres embrutecidos por el cansancio y de una cultura elemental. Tolstoi fue verdaderamente un portador de civilización y belleza en el mundo contemporáneo; aún nadie lo ha podido igualar: para encontrarlo hay que pensar en Homero, Esquilo, Dante, Shakespeare, Goethe, Cervantes y otros pocos más.

Estoy muy contento por tu carta, y sobre todo de que te sientas mejor, de que te subas a las tapias para ver el eclipse, de que vayas a bañarte y a pasear por el bosque y de que aprenderás el italiano. Robustecerse también es hacer algo.

Te abrazo fuertemente,

Antonio

Carta XLIII

EL INTRÉPIDO PIONERO

Querida Julia:

Puedes decirle a Delio que la noticia que me envió me interesó mucho, porque es importante y extraordinariamente seria. Pero espero que alguien, con un poco de goma de pegar, haya arreglado el desastre hecho por Julián y que el sombrero no se haya convertido en desecho.

¿Recuerdas que en Roma Delio creía que yo podía arreglar todas las cosas rotas? Seguramente ahora se le habrá olvidado. Y él, ¿tiene tendencia de arreglar? Esto, en mi opinión, sería un indicio... de constructividad, de carácter positivo, más que el juego de las piezas.

Te equivocas si crees que yo, cuando niño, tuviese tendencias literarias y filosóficas, como dices en la carta. Por el contrario, era un intrépido pionero y nunca salía de mi casa sin tener en los bolsillos unos granos de maíz y unos fósforos envueltos en papel encerado, para el caso de que pudiera ser lanzado a una isla desierta y abandonado a mis propios medios únicamente.

Además, era un constructor de botes y carritos y conocía al dedillo toda la nomenclatura marinera: mi mayor éxito fue cuando un herrero del pueblo me pidió un modelito de papel de una soberbia goleta de dos puentes, para reproducirlas en el metal. Es más, yo tenía la obsesión de estas cosas porque a los siete años había leído *Robinson Crusoe* y *La isla misteriosa*. Creo, inclusive, que una vida infantil como la de hace treinta años, hoy es posible; hoy los

niños, cuando nacen, ya tienen ochenta años, como el Lao-Tse chino. La radio y el avión han destruido para siempre el robinsonismo, que fue el modo de fantasear de tantas generaciones. El propio invento del juego de piezas indica que el niño se intelectualiza rápidamente. Su héroe no puede ser ya Robinson, sino el policía o el ladrón científico, por lo menos en Occidente.

Querida, te abrazo junto con los niños,

Antonio

Carta XLIV

LOS TRES GIGANTES

Querida Julia:

En nuestra correspondencia a veces falta una "correspondencia" efectiva y concreta. Si se le añade el elemento tiempo, que hace olvidar lo que uno ha escrito anteriormente, la impresión del puro "monólogo" se refuerza.

¿No te parece? Recuerdo un cuentecito popular escandinavo: tres gigantes viven en Escandinavia tan lejos el uno del otro como las montañas. Después de miles de años de silencio, el primer gigante grita a los otros dos: "¡Oigo el mugido de una manada de vacas!" Trescientos años después, el segundo gigante interviene; "¡Yo también he oído el mugido!" Y después de trescientos años más, el tercer gigante increpa: "¡Como sigan con esa bulla, yo me marcho!"

Bueno, hay un viento siroco queda la impresión de estar borrachos.

Querida, te abrazo con ternura junto a nuestros niños,

Antonio

Carta XLV

LOS JUEGOS DE *STLIVI*

Querida Julia:

Me ha interesado lo que me has escrito sobre Delio escolar, su seriedad interior que va unida a un cierto amor por la alegría.

Siento con mucho dolor haber sido privado de la alegría de participar en el desarrollo de la personalidad y en la vida de los dos niños: yo me hacía amigo de los niños inmediatamente y lograba interesarlos.

Siempre recuerdo a una nieta de la dueña de la pensión en Roma; tenía cuatro años y un nombre muy difícil tomado del onomástico turco. No se atrevía a abrir la puerta de mi cuarto, a la que se acercaba a hurtadillas, porque su abuela le había dicho que no se me debía molestar, porque yo siempre estaba escribiendo. Tocaba suavemente, con timidez, y cuando yo le preguntaba "¿Quién es?", contestaba: "Stlivi. ¿Quieres jugar?"; luego entraba, ofrecía la mejilla para que la besara y quería que le hiciera pajaritos o cuadritos curiosos, obtenidos con gotas de tinta lanzadas al azar en el papel.

Querida, te abrazo, con ternura,

Antonio

Carta XLVI

UNA INSOLACIÓN

Querida Tania:

Un rosal mío ha recibido una terrible insolación: todas las hojas y las partes más tiernas se han quemado y carbonizado; tiene un aspecto desolado y triste, pero está sacando de nuevo los retoños. No está muerto, por lo menos hasta el momento.

La catástrofe solar era inevitable, porque pude taparlo sólo con papel, y el viento se lo llevaba: hubiera necesitado un puñado de paja, que no es buen conductor del calor y al mismo tiempo protege de los rayos directos. De todos modos, el pronóstico es favorable, salvo complicaciones extraordinarias.

Las semillas han tardado mucho en convertirse en maticas: toda una serie de semillas se empecinan en hacer vida subterránea. Seguramente eran semillas viejas y echadas a perder. Las que han salido a la vida del mundo se desarrollan lentamente. Cuando te dije que una parte de las semillas eran muy lindas, quería decir que eran útiles para comérselas: algunas maticas se parecen curiosamente al perejil y a las cebollitas más que a las flores.

Todos los días me entra la tentación de estirarlas un poco para ayudarlas a crecer, pero me quedo perplejo entre las dos concepciones del mundo y de la educación: si tengo que dejar que la naturaleza, que nunca se equivoca y es fundamentalmente buena, actúe por su cuenta; o esforzarla, introduciendo en la evolución la mano experimentada del hombre y el principio de la autori-

dad. Hasta este momento la incertidumbre no se ha dispersado y en mi cabeza se debaten las dos ideologías.

Las seis maticas de achicoria se sintieron inmediatamente como en su propia casa y no han tenido el menor temor al sol: ya sacan el fruto que dará las semillas para las cosechas futuras. Las dalias y el bambú duermen bajo tierra y todavía no han dado señales de vida. Sobre todo las dalias, creo que están verdaderamente desahuciadas.

Ya que hablamos de esto, te ruego me envíes algún tipo de semillas más: 1, de zanahoria, pero del tipo llamado pastinaca, que es un agradable recuerdo de primera infancia: en Sásari venden algunas que pesan medio kilogramo y antes de la guerra valían cinco centavos y competían de cierto modo con la regaliz; dos, de garbanzos; tres, espinacas; cuatro, apios. En la cuarta parte de un metro cuadrado quiero poner cuatro o cincos semillas de cada tipo; y ver cómo salen.

Querida, te abrazo,

Antonio

Carta XLVII

EL ROSAL RECOBRADO

¿Sabes?, el rosal revivió completamente. Entre el 3 y el 15 de junio, de pronto, comenzó a sacar hojas, hasta ponerse totalmente verde; ahora ya tiene unas ramitas de unos quince centímetros de largo. Ha tratado también de dar un botoncito chiquito, que desgraciadamente luego comenzó a languidecer y ahora se ha puesto amarillo. De todos modos, no se debe excluir que en este mismo año llegue a producir una rosita tímida. Esto me alegra, porque desde hace un año los fenómenos cósmicos me interesan (tal vez la cama, como dicen en mi pueblo, está situada en la dirección debida de los fluidos terrestres y cuando descanso las células del organismo rotan al unísono con todo el universo).

He esperado con gran ansiedad el solsticio vernal y ahora que la Tierra se inclina (verdaderamente se endereza después de inclinarse hacia el Sol), estoy más contento (el asunto está relacionado con la lumbre que me traen por la noche, y he aquí el problema del fluido terrestre); el ciclo de las estaciones, ligado a los solsticios y a los equinoccios, lo siento como carne de mi carne; el rosal está vivo y ciertamente florecerá porque el calor prepara el hielo y bajo la nieve palpitan ya las primeras violetas; en fin, le concedo gran importancia al tiempo, desde que el espacio no existe para mí.

Querida Tania, dejo de divagar y te abrazo.

Antonio

Carta XLVIII



QUERUBINES SIN ALAS

Querida Tania:

Recibí la foto de los niños y me alegré mucho, como puedes imaginarte. También quedé muy satisfecho porque me convencí por mis propios ojos que tienen cuerpo y piernas: desde hace tres años sólo veía cabezas y había comenzado a nacer en mí la duda que se hubieran convertido en querubines sin las alitas en las orejas. En suma, tuve una impresión de vida más viva.

Querida, te abrazo con cariño,

Antonio

Carta XLIX

MI JORNADA

Querida Tania:

Desde hace unos días me han cambiado de celda y de galera (la cárcel está dividida en galeras). Antes estaba en la galera 1ª, celda 13ª; ahora estoy en la galera 2ª, celda 22ª.

Mi vida transcurre, más o menos, igual que antes. Quiero describírtela detalladamente, así todos los días podrás imaginarte lo que hago.

La celda es amplia como un cuarto de estudiante: a ojo de buen cubero puedo decir que mide unos tres metros por cuatro y medio, y tres y medio de alto. La ventana da al patio, donde se sale a coger aire: no es una ventana normal, desde luego; es una de las llamadas "boca de lobo", con los barrotes internos; sólo se puede ver una tajada de cielo, no se puede mirar hacia el patio, ni lateralmente.

La disposición de esta celda es peor que la de la anterior, que estaba expuesta hacia el sursuroeste (el sol se veía sobre las diez y a las dos ocupaba el centro de la celda con un rayo de por lo menos sesenta centímetros); en la celda actual, que debe estar expuesta hacia el oestesuroeste, el sol se ve sobre las dos de la tarde y se queda en la celda hasta tarde, pero con un rayo de veinticinco centímetros. En esta temporada, más calurosa, tal vez esto sea mejor.

Además, la celda actual queda encima del taller mecánico de la cárcel y se oye el ruido de las máquinas; pero me iré acostumbrado.

La celda es muy sencilla y complicada a la vez. Tengo una litera con dos colchones (uno de lana): la ropa de cama se cambia cada quince días aproximadamente. Tengo una mesita y una especie de mesa de noche-escaparate, un espejo, una palangana y una jarra de esmalte. Poseo pocos objetos de aluminio comprados en la Rinascente, que ha organizado un departamento en la cárcel. Poseo algunos libros; cada semana recibo para la lectura ocho libros de la biblioteca de la prisión (doble suscripción). Por la mañana me levanto a las seis y media, a las siete tocan la diana: café, aseo, limpieza de la celda; tomo medio litro de leche y como un pan; a las ocho, más o menos, vamos a coger aire durante dos horas. Paseo, estudio gramática alemana, leo la *Señorita campesina* de Pushkin y aprendo de memoria unas veinte líneas del texto. Compro un periódico industrial-comercial y leo alguna noticia económica; los martes compro el *Corriere dei Piccoli,* que me divierte; los miércoles la *Domenica del Corriere;* los viernes, el *Guerin Meschino*, supuestamente humorístico. Después del aire, café; recibo tres periódicos; el almuerzo llega en horas irregulares, entre las doce y las tres de la tarde; caliento la sopa (o el primer plato), como un pedacito de carne (si es ternera, porque todavía no consigo comer carne de res), un pan, un pedacito de queso (la fruta no me gusta) y un cuarto de vino; leo un libro, paseo, medito sobre muchas cosas. A las cuatro, cuatro y media, recibo dos periódicos más. A las siete como (la comida llega a las seis): sopa, dos huevos crudos, un cuarto de vino; el queso no logro comerlo. A las siete y media tocan la retreta; me acuesto y leo hasta las once o las doce. Desde hace dos días, sobre las nueve, tomo una taza de manzanilla.

Te abrazo,

Antonio

Carta L

UN POCO DE ENVIDIA

Querida Julia:

Recibí tu carta. Las fotos no han llegado aún; espero que estará la tuya también. Desde luego, quiero verte a ti también en grupo con los niños, como en la foto del año pasado, porque en el grupo hay algo de movimiento, de dramático; se captan las relaciones, que pueden prolongarse inimaginadas en cuadritos, en episodios de vida concreta, cuando la cámara del fotógrafo no está al acecho. Por lo demás, creo conocerte lo suficiente como para imaginarme otros cuadritos, pero no puedo imaginarme bien las acciones y las reacciones de los niños en sus relaciones contigo.

Además, te tengo un poco de envidia porque no puedo gozar como tú la frescura de las impresiones sobre la vida de los niños, ni ayudarte a guiarlos y educarlos.

Querida, te abrazo,

Antonio

Carta LI

EL *BABIRUSSA*[1]

Querida Tania:

Una cosa que me ha hecho reír mucho en tu postal es tu afirmación de que sabes que le doy mucha importancia a las felicitaciones por mi santo. No sé quién te habrá revelado este secreto, que mantenía cuidadosamente oculto; tan oculto y tan secreto que desde los seis años de edad no sabía siquiera que lo tenía (sólo hasta los seis años he recibido regalos en el día de mi santo).

Pero te quiero revelar otro secreto: nunca he logrado satisfacer, y tal vez desgraciadamente no lo lograré nunca, el deseo de comer frituras de riñones y sesos de babirussa, y de rinoceronte.

Querida Tania, de todos modos te doy las gracias por las felicitaciones, con la simple advertencia de que el San Antonio que me protege no es el de junio, sino el de enero, acompañado por la especie europea de babirussa. Desgraciadamente, el babirussa vive únicamente en las islas de Sonda, por lo tanto, es muy difícil de conseguir, sobre todo en forma de sesos y riñones frescos.

Querida Tania, te abrazo con ternura,

Antonio

1 Es una especie de puerco, o mejor dicho, de jabalí.

Carta LII

NUEVE LIBRAS AL MES

Querida Tania:

Me gobierno solo y desde hace tiempo, y ya me gobernaba solo siendo niño. Comencé a trabajar cuando tenía once años, ganaba nada menos que nueve liras al mes (lo que, por lo demás, correspondía a un kilo de pan diario) por diez horas de trabajo, incluyendo la mañana del domingo; y esas horas las pasaba moviendo unos libracos que pesaban más que yo, y muchas veces me escondía para llorar, porque me dolía todo el cuerpo.

He conocido casi únicamente el aspecto brutal de la vida, y siempre he salido del paso, bien o mal. Ni siquiera mi madre conoce toda mi vida y los percances por los que pasé.

Querida Tania, te abrazo con cariño,

Antonio

Carta LIII

SIN LA COLA

Querida Tania:

Nunca he sido uno de esos periodistas que venden su pluma al que mejor se la pague y que tienen que mentir constantemente porque la mentira forma parte de su calificación profesional. He sido periodista muy libre, siempre de una sola opinión, y nunca he tenido que ocultar mis convicciones para agradar a los amos.

Me extraña que me pidas aclaraciones sobre el hecho de que algunos grupos de cosacos creyeran que los judíos tuvieran cola. Se trata de un chiste que me contó un judío, comisario político de una división de asalto cosaca de Orenburg, durante la guerra ruso-polaca de 1920. Esos cosacos no tenían en su territorio a ningún hebreo, y los concebían, según la propaganda clerical, como seres monstruosos que habían matado a Dios. No querían creer que el comisario político fuera judío: "Tú eres de los nuestros —decían— no eres judío; estás cubierto de cicatrices de las heridas de lanzas polacas, combates junto a nosotros; los judíos son otra cosa."

El problema de las razas no me interesa. De modo que tu alusión a la importancia de las tumbas no tiene ningún valor en lo que a la civilización se refiere; eso es cierto sólo para los tiempos más antiguos, cuyas tumbas son los únicos monumentos que el tiempo no ha destruido y porque dentro de los sepulcros, al lado del cadáver, se ponían los objetos de la vida diaria. En todo

caso, estas tumbas nos dan un conocimiento muy limitado de los tiempos en que fueron construidas.

Yo no pertenezco a ninguna raza: mi padre es de origen albanés, mi madre es sarda por parte de padre y de madre, y Cerdeña se unió a Piamonte sólo en 1847, después de haber sido un feudo personal y patrimonio de los príncipes piamonteses, que recibieron a cambio de Sicilia, demasiado lejana y menos defendible. Sin embargo, mi cultura es fundamentalmente italiana y este es mi mundo; nunca me he percatado de estar desgarrado entre dos mundos.

Por lo demás, en Liguria nadie se asusta si un marinero trae a su pueblo una mujer negra. Nadie va a tocarla con el dedo mojado de saliva para ver si destiñe, ni tampoco nadie cree que las sábanas queden teñidas de negro.

Te abrazo con ternura,

Antonio

Carta LIV

VASELINA AL ELEFANTE

Querida Julia:

Recibí tus dos cartas. Me siento más tranquilo que desde que comencé de nuevo a escribirte.

Tania me contó, muy divertida, que Delio pensó untar vaselina a un elefante, cuya piel rugosa había notado, probablemente, al tocarlo; no me parece tan raro que a un muchacho se le ocurra untar vaselina a un elefante, aunque no creo que cuando yo era niño pudiera tener ideas de este tipo.

También me dijo que Julián quiere saber todo lo que se refiere a mí: supongo que esto debe estar relacionado con el hecho de que ha visto mi retrato en un parque de cultura. Querida, cuando pienso en todas estas cosas, y en la vida de ustedes que desde hace tantos años (casi una cuarta parte de mi existencia y más de un cuarto de la tuya) se desarrolla tan separada de la mía, no me siento nada alegre.

Pero hay que resistir, tratar de ganar fuerzas. Por otra parte, lo que pasó no era del todo imprevisible; tú, que recuerdas tantas cosas del pasado, ¿te acuerdas de cuando te decía que "me iba a la guerra"? Tal vez no fuera muy serio de mi parte, pero era verdad y, en realidad, así lo sentía yo. Y te quería, te quería mucho.

Sé fuerte y haz todo lo posible por estar mejor. Te abrazo con ternura junto con nuestros muchachos,

Antonio

Carta LV

COMO EN LA GUERRA

Querida Teresita[1]:

La mayor molestia de mi vida actual es el aburrimiento.

Los primeros tres meses después de la detención, por lo menos, fueron muy movidos: me pelotearon de un extremo a otro de la península, de modo que, aunque sea en medio de muchas molestias físicas, no tuve tiempo para aburrirme. Siempre había nuevos espectáculos que observar, nuevos tipos excepcionales que catalogar: realmente, me parecía que estaba viviendo un cuento fantástico.

Pero ya desde hace más de un año estoy en Milán sin moverme, en un ocio forzado.

Me preocupa mucho el estado de ánimo de mamá; por otra parte, no sé qué hacer para tranquilizarla y consolarla. Quisiera infundirle la convicción de que estoy muy tranquilo, como realmente lo estoy, pero veo que no lo consigo.

Para ella, mi encarcelación es una terrible desgracia bastante misteriosa con sus concatenaciones de causas y efectos; para mí es un episodio de la lucha política que se libraba y se seguirá librando, no sólo en Italia sino en todas partes del mundo, por no se sabe cuánto tiempo todavía. Yo caí preso, así como durante la guerra uno podía caer prisionero, sabiendo que esto podía

suceder y también podía suceder algo peor. Pero temo que tú también pienses igual que mamá.

Saludos afectuosos a todos. Un abrazo,

Antonio

1 Teresita es una de las sobrinitas de la madre de Gramsci.

Carta LVI

LA PLUMA RASGA

Querida Tania:

¿Le mandaste el retrato de Delio a mi madre, como habías prometido? Deberías de hacerlo: la pobre ha sufrido mucho por mi detención y creo que sufre más porque en nuestros pueblos es difícil comprender que se puede caer preso sin ser un ladrón, ni un estafador, ni un asesino. Ella vive en condiciones de miedo permanente desde que estalló la guerra (tres de mis hermanos estaban en el frente) y tenía y tiene una frase suya: “A mis hijos los harán trizas”, frase que en sardo es terriblemente más expresiva que en italiano: “hacer piltrafa”. De verdad que no sé cómo consolarla.

Querida Tania, no puedo escribirte; me han vuelto a dar una pluma que rasga el papel y me obliga a realizar verdaderas acrobacias digitales. Espero tus cartas. Te abrazo,

Antonio

Carta LVII

QUINTAS NAVIDADES

Querida mamá:

Esta es la quinta fiesta de navidad que paso privado de la libertad y la cuarta que paso en la cárcel. Verdaderamente, las condiciones de confinado en que pasé las navidades del 26 en Ustica, eran una especie de paraíso en comparación con la condición de preso. Pero no creas que me ha abandonado la serenidad. He envejecido cuatro años, ya no me río de buenas ganas como antes, pero creo que me he vuelto más sabio y he enriquecido mi experiencia de los hombres y las cosas.

Por lo demás, no he perdido el gusto a la vida; todo me interesa todavía y estoy seguro de que, aunque no podría masticar habas tostadas, me gustaría mucho ver y sentir a los demás haciéndolo. Así que no me he vuelto tan viejo, ¿verdad? Uno se pone viejo cuando comienza a temer a la muerte y cuando siente molestia viendo a los demás haciendo cosas que ya no puede hacer.

En este sentido, estoy seguro de que tú tampoco te has puesto vieja, a pesar de tu edad. Estoy segura de que estás decidida a vivir largo tiempo, para podernos volver a ver todos juntos y para poder conocer a tus nietecitos: mientras se desea vivir, mientras se gusta de la vida y se quiere alcanzar algún objetivo, se resiste a todas las enfermedades. Tienes que convencerte, sin embargo, de que es necesario ahorrar un poco las fuerzas y no insistir en realizar grandes esfuerzos como cuando eras joven.

Muchas felicidades a todos y saludos a todos los de la casa.

Te abrazo con ternura,

Antonio

Carta LVIII

PAN CASERO

Querida Teresita:

El día de navidad he recibido tu paquete. Dile a mamá que todo estaba bien y no se ha estropeado nada; el pan todavía estaba fresco y lo he comido con mucho gusto: se sentía el sabor de maíz sardo muy bueno. Creo que no comía de ese pan desde hacía unos quince o dieciséis años.

Las noticias sobre las condiciones de salud de mamá me han causado mucho pesar. Estoy seguro de que ustedes tendrán mucha paciencia con ella: si lo piensas bien, se merecía mucho más que paciencia, porque ha trabajado para nosotros durante toda su vida, sacrificándose de un modo extraordinario: si hubiese sido otra mujer, quién sabe qué desastre hubiera sido para todos nosotros, desde nuestra infancia; tal vez ninguno de nosotros estaría vivo. ¿No te parece?

Te abrazo afectuosamente con mamá y todos los de casa,

Antonio

Carta LIX

PECES CONTRA MOSQUITOS

Querida mamá:

Recibí tu carta y me alegró mucho saber que te has puesto más fuerte e irás por lo menos por un día a la fiesta de San Serafín.

¡Cómo me gustaba, cuando era niño, el valle del Tirso bajo San Serafín! Pasaba horas y horas sentado en una roca mirando aquella especie de lago que el río forma justamente cerca de la iglesia, por el pequeño dique construido más abajo; viendo los paticos que salían de las cañas y nadaban en el centro, y los saltos de los peces que cazaban mosquitos.

Ahora probablemente todo habrá cambiado, si han comenzado a construir la presa proyectada para recoger las aguas del Flumineddu. Todavía recuerdo que una vez vi una larga serpiente que entró en el agua y salió poco después con una gran anguila en la boca, y recuerdo que maté a la serpiente y le quité la anguila; pero luego la tuve que botar porque no sabía como arreglármelas para llevarla; se había puesto tiesa como un palo y me apestaba las manos.

Abrazos a todos, sobre todo a los niños y a ti, querida mamá, lo más tiernamente posible,

Antonio

Carta LX

EL PARAÍSO DE MAMÁ

Querida mamá:

Recibí la carta que me escribiste con la mano de Teresita.

Me parece que deberías escribirme así a menudo; sentí en la carta todo tu espíritu y tu forma de razonar: era de verdad una carta tuya y no una carta de Teresita.

¿Sabes lo que me ha traído a la mente? Apareció muy claramente ante mí el recuerdo de cuando estaba en primer grado, o en segundo, y tú me revisabas la tarea: recuerdo perfectamente que nunca lograba acordarme que pájaro se escribe con j, y este error tú me lo habrás corregido por lo menos diez veces.

Así que, si nos has ayudado a aprender a escribir (y antes nos habías enseñado muchas poesías de memoria; recuerdo todavía *Rataplán*, y la otra que decía: a lo largo de las pendientes del Loira que como una cinta de plata corre cien millas una hermosa tierra venturosa), es justo que uno de nosotros te sirva de mano para escribir cuando no te sientas bastante fuerte para hacerlo. Sólo que el recuerdo de *Rataplán* y de la *Canción del Loira* te harán sonreír. Sin embargo, también recuerdo cómo admiraba (debía de tener unos cuatro o cinco años de edad) tu habilidad en imitar en la mesa al tambor mientras declamabas *Rataplán*. No puedes imaginarte cuántas cosas recuerdo donde siempre apareces como una fuerza benéfica y llena de ternura para nosotros.

Si lo piensas bien, todos los problemas del alma y de la inmortalidad del alma y del paraíso y el infierno, en el fondo, no son otra cosa sino un modo de

ver este simple hecho: que cada una de nuestras acciones se transmite a los demás de acuerdo con su valor, en bien o en mal y pasa de padre a hijo, de una generación a otra en un movimiento perpetuo.

Como todos los recuerdos que tenemos de ti son de bondad y fuerza, y como tú has dado todas tus energías para criarnos, esto significa que estás desde entonces en el único paraíso que existe, que para una madre es, yo creo, el corazón de sus propios hijos.

Te abrazo con ternura, junto con todos los de la casa,

Antonio



Índice


Gobierno Bolivariano
de Venezuela
Ministerio
de la
Cultura


Venezuela
AHORA ES DE TODOS

Esta colección ha sido creada con un fin estrictamente cultural
y sus libros se venden a precio subsidiado
por el Ministerio de la Cultura.

Ministerio de la Cultura
Av. Panteón, Foro libertador,
Edif. Archivo General de la Nación,
planta baja, Caracas, 1010,
Telfs.: (58 - 0212) 564 24 69
Fax: (58 - 0212) 564 14 11

Se terminó de imprimir en septiembre de 2006
en Editorial Torino
Caracas, Venezuela
La edición consta de 1,000 ejemplares
impresos en papel Alternative, 60gr.




ISBN 980-396-088-1
9 789803 960889 >